

LOS REMANSOS DEL CREPÚSCULO

Á RICARDO JAIMES FREIRE

La corriente lustral de la vida  
sus zafiros engarza un momento  
en la frágil ribera florida,  
bajo el combo y azul firmamento.

Y mi alma romántica y muda,  
en remansos de paz se retrata,  
como ingenua odalisca desnuda  
en un fúlgido espejo de plata.

Y mi carne voraz, hoja á hoja,  
bajo el verde silencio dormido,  
lentamente su ensueño deshoja  
en un vago perfume de olvido.

Da á mis versos tu lírico encanto  
¡oh, divino oriental ruiseñor,  
porque quiero dormir con mi canto  
este antiguo recuerdo de amor!

¡Rompa el frágil silencio tu trino,  
que tu música me haga olvidar  
en mi largo y estéril camino  
esta absurda obsesión de llegar!...

Esta sed infinita y eterna,  
esta fiebre quimérica y vana  
que no encuentra jamás la cisterna  
donde espera la Samaritana.

La obsesión de llegar!... Pero ¿dónde?  
¿Quién conoce la meta final?  
¿Qué palabra la esfinge responde  
á este anhelo de ascenso inmortal?

Y qué importa llegar, si en la arena  
olvidamos, sin un ataúd,  
para pasto del buitre y la hiena  
el cadáver de la Juventud?

El misterio violar no pretendo...  
Inconsciente camino al azar  
tras la estrella y las nubes, oyendo  
el lenguaje remoto del mar...

Ahora solo é inmóvil descanso  
—¡no me vayas á hablar, ambición!—  
en la verde quietud del remanso,  
dando al viento mi ingenua canción!

Canción mágica y mística para  
libertar á mi vida del mal,  
como el agua corriente de clara,  
transparente cual limpio cristal,

sin la niebla sutil de una idea,  
sin la sombra de vaga emoción...  
La canción del que nada desea...  
Esa frágil y estéril canción

que se dice y apenas se siente,  
que es de humo y apenas se ve,  
¡y del labio se escapa inconsciente  
sin que nunca sepamos por qué!

HORAS ROMÁNTICAS

Á J. T. ARRIEZA CALATRAVA

## I

Cuando la tarde á declinar empieza,  
para soñar con tu cariño ausente,  
cierro los ojos, y pausadamente  
reclino entre las manos la cabeza.

En mil gestos revive tu belleza:  
te miro en los balcones, sonriente,  
y la paz de la luna da á tu frente  
el marmóreo candor de su pureza.

Me envuelve tu mirada soñadora...  
Ya ahuecas con tus dedos el cabello,  
ya ensayás en los labios un desvío...

Y así dejo pasar, hora tras hora,  
recordando y llorando todo aquello  
que pudo ser y que jamás fué mío!

## II

Tu voz tiene un dulzor de áticas mieles  
y un éxtasis de mística poesía.  
Tu voz huele á jazmines y á claveles  
y suena á coplas de mi Andalucía.

Tu voz fué hecha para el rezo y para  
dar á las almas débiles aliento...  
¡Si alguna estrella en el azul cantara  
tendría las dulzuras de tu acento!

Voz de palabras castas y tranquilas,  
voz que impregna de llanto las pupilas  
á donde nunca se asomara el llanto...

Voz hecha de piedad y de poesía,  
para hablarnos, en horas de quebranto,  
del Cielo, de Jesús y de María.

## III

La piedad de tu mano es un milagro  
de suavidades y de transparencia,  
y á sus puras caricias les consagro  
la más blanca ilusión de mi existencia.

Vivir entre tus manos como una  
rosa de paz ó una paloma herida,  
es sentir en la plata de la luna  
diluirse el ensueño de la vida.

¡Oh, blanca mano que mi mano estrecha,  
yo te daré perfumes mientras queden  
rosales en mi senda florecida!

¡Oh, mano de piedad!... ¡Oh, mano hecha  
para cerrar los ojos que no pueden  
soportar las tristezas de la vida!

## IV

Tus ojos son dos flores de tristeza,  
dos claros lirios de melancolía,  
que perfuman tu lírica belleza  
de una inefable y mística poesía.

Ojos que aman la plata de la luna  
y la pureza de los alabastros...  
Ojos de paz que son igual que una  
noche profunda constelada de astros.

Ojos ebrios de ensueño que tenéis  
ardores de fulgentes mediodías  
y claridad de noches tropicales...

¡Ojos de buen camino, florecéis  
en las tinieblas de mis elegías  
como dos luminosos madrigales!

## V

El humo del tabaco desenrolla  
la azulosa fragancia de su espira,  
y la pereza de tu voz criolla  
tiene dulces quejumbres de guajira.

Tu imagen en mis sueños se destaca,  
suelta al viento la negra cabellera,  
meciendo su indolencia en una hamaca  
bajo la sombra azul de una palmera.

Siguiendo el movimiento de tus manos,  
mientras me hablas dulce y quedamente  
de paisajes fragantes y lejanos,

mi alma es un ave aprisionada y fija  
en la fascinación de la serpiente  
con ojos de rubí de tu sortija.

## VI

El tapiz—arenales, caravanas,  
y episodios de galgos y gacelas—  
raya el sol que atraviesa las persianas  
con sus doradas líneas paralelas.

Asciende del jardín un soplo cálido,  
y en el biombo, tras el cual tu sueñas,  
manchan el cielo de un azul muy pálido  
curvas emigraciones de cigüeñas.

Sobre el diván florido en la penumbra  
mi pupila fantástica columbra  
tus guantes como dos copos de nieve

y el rojo llamear de tu botina  
de raso, digna de calzar la breve,  
planta de una princesita china.

## VII

Sobre las verdes y floridas lomas,  
en la gracia melódica del cielo,  
deshojan, flor á flor y vuelo á vuelo,  
sus candidas guirnaldas las palomas.

Tú persigues sus sombras, desde el banco,  
sobre el azul espejo de la linfa  
donde desnuda y clásica una ninfa  
vierte su concha oval de mármol blanco.

Oculto entre las verdes enramadas  
donde la savia palpitar se siente,  
presas de la ilusión con que fascinas,

mis miradas persiguen tus miradas,  
como sobre las aguas de la fuente  
se persiguen al sol las golondrinas.

## VIII

Sobre los verdes huertos se difunden  
vespertinos clamores de campanas,  
y en un mismo reflejo se confunden  
la tarde y tú, cual dos sombras hermanas.

Las lejanas montañas se idealizan  
en un incendio de fugaces rojos,  
y á la par se desangran y agonizan  
las luces del crepúsculo y tus ojos.

La tarde y tú... Dos sueños que se esfuman,  
dos caricias de luz que palidecen...  
Las viejas cargas del dolor me abruman...

Sollozan lentos dobles de campanas,  
y en un mismo temblor se desvanecen  
la tarde y tú, cual dos sombras hermanas.

## IX

Plasmáronse en la sombra los jardines  
donde se deshojaba, triste y leda,  
en un sonoro acariciar de seda  
la romántica voz de los violines.

El callado pisar de tus chapines  
levantaba, á su paso, en la arboleda,  
un aliento fragante de reseda  
y blancas polvaredas de jazmines.

Fosforeció la luna en tu cabello,  
el lago se agitó como una pluma  
bajo el encanto de tu rostro blondo...

Y los cisnes, tendiendo el grácil cuello,  
se hundieron en un círculo de espuma  
para besar tu imagen en el fondo!

## X

Bajo los miedos de la noche incierta  
la lágrima de plata de un lucero  
á mis cansancios señaló el sendero  
que termina en los olmos de tu puerta.

Llamó con leves golpes mi inexperta  
mano desamparada de viajero...  
Como Cristo el agobio del madero,  
llevaba al hombro mi esperanza muerta!

En el silencio rechinó la llave,  
y el corazón, como paloma inquieta  
quiso romper la cárcel de su seno,

al contemplar, entre la luz suave  
del umbral, la ilusión de tu silueta  
toda de blanco como un ángel bueno!

## XI

En la tibia piedad de tu regazo  
se acogió mi dolor, igual que un niño  
que huérfano de amparo y de cariño  
al cuello de su hermana tiende el brazo.

Con gesto maternal mi desgredada  
y rebelde melena acariciaste,  
y con tus besos me purificaste  
bajo la paz azul de tu mirada.

Arrullaste mis sueños con voz queda,  
y cerraron tus manos milagrosas  
las úlceras de mi melancolía.

Y en tu falda imperial de oro y seda  
resucitaron para mí las rosas  
de la leyenda de Isabel de Hungría.

## XII

Tanto he sufrido y tanto he caminado,  
y tan rendido y fatigado vengo,  
que milagrosamente me sostengo  
gracias á la piedad de mi cayado.

Mi sien está de espinas coronada  
y llagadas mis manos como Cristo,  
¡y en el Calvario de la vida he visto  
tanto dolor que no quiero ver nada!

Abreme que á tu puerta desfallezco!  
Acógeme en tus brazos, dulce amiga,  
que entre las sombras, de terror perezco!

Tiembla mi voz, se enturbia la mirada  
y me caigo de sueño y de fatiga...  
¡Deja un hueco á mi sien en tu almohada!

## XIII

¡Qué dulce se desliza la existencia!  
En medio de este ambiente de cariño,  
mi corazón recobra su inocencia  
y vuelve á ser ingenuo como un niño!

Mientras rima su acento con el mío  
¿quién recuerda los viejos desengaños?  
Ella ríe sus penas y yo río  
las amarguras de mis treinta años!

Bajo la protección de sus miradas  
se deslizan las horas tan calladas,  
que ni siquiera resbalar sentimos

las sombras de su vuelo sobre el muro,  
mientras, entre sonrisas, construimos  
los castillos de naipes del futuro!

## XIV

Mi sed no halló jamás una cisterna,  
y triste y solo cruzo la llanura,  
procurando olvidar esta ansia eterna  
de saciar en tus brazos mi ternura.

Busco un refugio sin saber adónde,  
entre gente viciosa y miserable,  
escondiendo tu amor como se esconde  
la llaga de algún cáncer incurable...

Sobre el horror de un mercenario seno  
¡cuántas veces soñé que aún era bueno,  
porque te ví á mi lado, por la espalda

el cabello, mirarme con cariño,  
mientras tu mano acariciaba á un niño  
dormido en la penumbra de tu falda!

## XV

—¡No hay esperanza, no!—lloró tu acento...  
Se opone entre los dos lo Irreparable.—  
y deshice mi vida miserable  
en la estéril angustia de un lamento.

En la larga agonía del momento  
que tu silencio hacía interminable,  
me sentí enloquecer como un culpable  
ante el cadáver de un remordimiento.

Y te fuiste de mí, como la vida  
se escapa por los labios de una herida...  
Y te siguió mi amor hasta tu encierro,

echándose á morir junto á la puerta,  
aullando de dolor igual que perro  
sobre la tumba de su dueña muerta!

## XVI

No sé qué llama intensa me consume  
ni qué monstruo invisible me devora,  
que el sueño de mi vida se evapora  
con el fugaz aliento de un perfume.

Mi esperanza en un grito se resume,  
y el alma entera de tristeza llora,  
al disipar las luces de la aurora|  
el nocturno fantasma de Ulalume.

Es un temblor continuo mi existencia,  
como si presintiese la presencia  
de algo que me estremece con un brusco,

erizante y mortal escalofrío...  
¡Encuentro en todas partes un vacío,  
y busco algo sin saber qué busco!

## XVII

La altiva cumbre de quietud solemne  
será tu pedestal, ánima mía!  
Como ella tú has de ser adusta y fría  
y á toda humana corrupción indemne!

Allí no llegarán voraces hienas  
á devorar su presa. Sola y muda  
como una esfinge, te veré desnuda  
de todo afecto más de toda pena.

VILLAESPESA

50

Y si ves que otra alma peregrina,  
venciendo toda humana pesadumbre,  
hacia tu encuentro trémula camina,

súbela al pedestal, dale tu afecto,  
y así, abrazados, sobre la alta cumbre  
seréis la estatua del amor perfecto!

FANTASÍA CREPUSCULAR

A LUIS G. URBINA